

de color azafrán que dejaba ver una camisa de irremprochable finura, abrochada con ópalos, una corbata negra, una levita azul provista de la correspondiente roseta, y que parecía pegada á la espalda y al talle gracias á un nuevo procedimiento. Cubiertas las manos con bonitos guantes color de bronce florentino, llevaba en la mano izquierda un bastoncito y el sombrero en una actitud bastante *Luis catorciana*, mostrando de este modo, como el lugar lo exigía, una cabellera peinada con arte y donde la luz producía satinados reflejos. Apostado desde el comienzo de la misa bajo el pórtico, examinó la iglesia mirando á todos los cristianos, y particularmente á las cristianas, que sumergían los dedos en el agua bendita.

Cuando llegó Modesta, una voz interior le gritó: *¡Ese es!* Aquella levita y aquel porte esencialmente parisienses, aquella roseta, aquellos guantes, aquel bastón y el perfume de los cabellos, nada era del Havre. Así es que cuando La Briere se volvió para examinar á la grande y orgullosa notaria, al insignificante notario y al *fardo* (expresión empleada entre mujeres), cuya forma había procurado Modesta ostentar, la pobre joven, aunque ya iba preparada, se emocionó atrozmente al ver aquella poética figura, iluminada de lleno por la luz que penetraba por la puerta. Era imposible engañarse: una rosa blanca ocultaba casi por completo la roseta de la condecoración. ¿Reconocería Ernesto á su desconocida bajo aquel viejo sombrero provisto de doble velo?... Modesta temió la perspicacia del amor, y fingió paso de anciana.

—Inés—dijo el diminuto Latournelle al oído á su esposa,—este señor no es del Havre.

—¡Vienen tantos extranjeros!...—respondió la notaria.

—Pero los extranjeros—añadió el notario,—no vienen nunca á nuestra iglesia porque no cuenta dos siglos de antigüedad.

Ernesto permaneció durante toda la misa á la puerta sin haber visto entre todas las mujeres á nadie que realizase sus esperanzas. Modesta no pudo contener su temblor hasta que llegó la última parte del santo sacrificio, durante el cual experimentó goces que sólo ella podría describir. Por fin, acabado aquél, oyó sobre las baldosas el ruido de los pasos de un hombre elegante: Ernesto daba una vuelta por la iglesia, donde no se encontraban ya más que los *diletanti* de la devoción, que fueron objeto de un sabio y perspicaz análisis. Ernesto notó el excesivo temblor de Modesta al pasar por junto á ella, y como era la única que ocultaba su rostro, tuvo sospechas que fueron confirmadas por la actitud de la joven, la cual fué estudiada con una atención de amante curioso. El parisiense salió cuando la señora Latournelle abandonó la iglesia, la siguió á respetable distancia y la vió entrar con Modesta en la calle Real, donde, según su costumbre, esperaba la señorita Miñón la hora de las vísperas. Después de haber mirado de arriba á abajo la casa del notario, preguntó el nombre de ésta á un transeunte, el cual nombró casi orgullosamente al señor Latournelle, primer notario del Havre. Cuando daba vueltas por la calle Real para ver si podía percibir algo del interior de la casa, Modesta vió á su amante, se fingió enferma, hasta el punto de decir que no quería ir á las vísperas, y la señora Latournelle le hizo compañía. El pobre Ernesto no consiguió, pues, nada con sus paseos, no se atrevió á ir á olfatear á Ingouville, hizo la obediencia cuestión de honor, y se volvió á París, después de haber escrito, mientras esperaba la salida del coche, una carta que Francisca Cochet debía recibir al día siguiente timbrada en el Havre.

Todos los domingos los señores Latournelle comían en el *Chalet*, adonde acompañaban á Modesta después de las vísperas; así que, tan pronto como la joven enferma dijo encontrarse mejor, subieron á In-



gouville acompañados de Butscha. La feliz Modesta se hizo entonces un tocado encantador, y cuando bajó á comer olvidó su disfraz de la mañana y su pretendido malestar, y tarareó:

¡Corazón mío, levántate! que ya la alondra  
sacude, cantando, sus alas al sol;...

Al ver á Modesta, Butscha la encontró tan cambiada, pues las alas del amor parecían soldadas á sus espaldas, tenía el aspecto de una sílfide y mostraba en sus mejillas el divino colorido del placer, que experimentó un ligero estremecimiento.

—¿De quién es la letra de esa canción que has compuesto?—preguntó la señora Miñón á Modesta.

—De Canalis, mamá—respondió la joven poniéndose al instante roja como el coral.

—¡Canalis!—exclamó el enano, que descubrió en el acento de Modesta y en su rubor la única cosa que ignoraba aún del secreto.—¡Cómo! ¿también el gran poeta hace romanzas?

—No, son sencillas estrofas á las que me he atrevido yo á adaptar aires alemanes.

—No, no, eso es música tuya, hija mía—repuso la señora Miñón.

Modesta, al sentir que se ponía cada vez más colorada, salió llevándose á Butscha al jardinito.

—Usted puede hacerme un gran favor dijo Modesta al enano una vez que estuvieron solos.—Dumay no se muestra franco conmigo y con mi madre acerca de la fortuna que trae mi padre, y yo desearía saber á cuanto asciende. ¿No le envió Dumay á papá hace ya tiempo quinientos y tantos mil francos? Papá no es hombre para ausentarse por espacio de cuatro años para doblar únicamente su capital. Vuelve en un navío suyo, y la parte que entregó á Dumay asciende á seiscientos mil francos.

—No es preciso interrogar á Dumay—dijo Butscha.

—Como usted sabe, su señor padre perdió cuatro millones, y sin duda los ha rescatado. Habrá dado á Dumay el diez por ciento de los beneficios, y, por la fortuna que el digno bretón confiesa tener, mi principal y yo suponemos que la del coronel asciende á seis ó siete millones.

—¡Oh, padre mío!—exclamó Modesta cruzándose de brazos y levantando los ojos al cielo,—me habrás dado dos veces la vida.

—¡Ah! señorita, ¿ama usted á un poeta?—dijo Butscha.—Esos hombres siempre suelen ser más ó menos Narcisos, y ¿sabrá amarla como usted se merece? Un obrero en frases ocupado en rimar palabras resulta poco agradable. Señorita, el poeta se diferencia de la poesía como la semilla de la flor.

—Butscha, ¿nunca he visto un hombre tan hermoso!

—Señorita, la hermosura es un velo que sirve á veces para ocultar muchas imperfecciones.

—Tiene un corazón angelical...

—¡Ojalá que tenga usted razón y que sea feliz con él!—dijo el jorobado juntando las manos.—Lo mismo que usted, ese hombre tendrá un servidor en Juan Butscha. Ya no quiero ser notario; de aquí en adelante me entregaré al estudio de las ciencias.

—Y ¿por qué?

—Señorita, para educar á sus hijos, si se digna usted permitir que sea yo su preceptor. ¡Ah! si quisiera usted seguir un consejo mío!... Mire, déjeme hacer: yo sabré penetrar la vida y las costumbres de ese hombre, y descubrir si es bueno, si es colérico, si es cariñoso, si la respetará á usted como se merece y si es capaz de amarla en absoluto y prefiriéndola á todo, hasta á su talento.

—Y si yo le amo ¿qué importa todo eso?—dijo la joven con sencillez.

—¡Ay! ¡es verdad!—exclamó el jorobado.

En este momento la señora Miñón decía á sus amigos:



—Mi hija ha visto esta mañana al que ama.

—Latournelle ¿sería aquél del chaleco de color de azafrán que tanto te llamó la atención?—exclamó la notaria.—Era un joven que llevaba una rosa blanca en el ojal.

—¡Ah!—dijo la madre—esa era la señal para reconocerse.

—Tenía la roseta de oficial de la Legión de Honor—repuso la notaria.—¡Y es un hombre encantador! Pero ¿nos equivocamos! Modesta no se ha levantado el velo, iba como una pobretona, y...

—Y—dijo el notario—se hacía la enferma, pero acaba de quitarse la pañoleta y viene encantadora.

—¡Esto es incomprensible!—exclamó Dumay.

—¡Ay de mí! ahora es claro como el día—dijo el notario.

—Hija mía—dijo la señora Miñón á Modesta que entró seguida de Butscha,—¿no has visto esta mañana en la iglesia á un jovencito muy bien vestido, condecorado, que llevaba una rosa blanca en el ojal?...

—Yo lo he visto—dijo Butscha vivamente viendo en la atención de cada uno el lazo en que podía caer Modesta;—es Grindot, el famoso arquitecto que está en tratos con la villa para la restauración de la iglesia: ha venido de París, y lo he encontrado esta mañana examinando el exterior, cuando me iba hacia San Adresse.

—¡Ah! ¿es un arquitecto?... Me ha preocupado mucho—dijo Modesta á la que el enano había dado así tiempo para reponerse.

Dumay miró á Butscha de soslayo. Modesta, advertida, se mantuvo en una actitud impenetrable. La desconfianza de Dumay fué excitada en el más alto grado, y se propuso ir al día siguiente á la alcaldía á fin de saber si el arquitecto esperado había estado, en efecto, en el Havre. Por su parte, Butscha, muy inquieto por el porvenir de Modesta, tomó el partido de ir á París á expiar á Canalis.

Gobenheim vino á hacer el whist y confirmó con su presencia todos los sentimientos en fermentación. Modesta esperaba con cierta impaciencia la hora de ir á acostar á su madre; quería escribir, pues no escribía nunca durante el día; y he aquí la carta que le dictó el amor, cuando creyó á todo el mundo dormido:

## XXIV

## AL SEÑOR DE CANALIS

«¡Ah! ¡amigo mío amadísimo! qué mentiras tan atroces son los retratos de ustedes expuestos en los escaparates de los librereros. ¡Y yo que cifraba mi dicha en esta horrible litografía! Estoy avergonzada de amar á un hombre tan hermoso. No, no podré creer nunca que las parisienses sean tan estúpidas que no vean en usted su sueño dorado. ¡Usted abandonado!... ¡Usted sin amor!... No creo ya ni una palabra de todo lo que me ha escrito de su vida obscura y trabajosa, y de su abnegación por un ídolo, buscado en vano hasta hoy. Usted ha sido amado demasiado, señor; su frente, pálida y suave como la flor de una magnolia, lo dice, y será desgraciada. ¡Qué soy yo ahora?... ¡Ah! ¿por qué me ha llamado á la vida? En un momento he visto desgarrarse la envoltura que me cubría. ¡Mi alma ha roto el cristal que la retenía cautiva y ha circulado por mis venas! Finalmente, el frío silencio de las cosas ha cesado de repente para mí. Todo me ha hablado en la naturaleza. La antigua iglesia me ha parecido luminosa; sus bóvedas, en las que brillaba el oro y el azur como en las de una catedral italiana, han centelleado sobre mi cabeza. Los sonidos melodiosos que los ángeles cantan á los mártires y que les hacen olvidar sus sufrimientos, han acompañado al órgano. El horrible



adoquinado del Havre me ha parecido un florido camino. He reconocido en la mar una antigua amiga, cuyo lenguaje lleno de simpatías para mí me era poco conocido. He visto claramente que las rosas de mi jardín y de mi invernadero me adoran desde hace mucho tiempo, y me decían bajito que amase; se han sonreído todas á mi vuelta de la iglesia; he oído, en fin, su nombre de Melchor murmurado por las campanillas de las flores, ¡y lo he visto escrito en las nubes! ¡Sí, ya estoy llena de vida gracias á ti, poeta más hermoso que ese frío y acompasado lord Byron, cuyo rostro es tan frío como el clima inglés! Unida á ti por una sola de tus miradas de Oriente que ha traspasado mi velo negro, me has arrojado tu sangre al corazón y me has abrasado de la cabeza á los pies. ¡Ah! no sentimos esto cuando nuestra madre nos da la vida. Un golpe que recibieras me alcanzaría al instante, y mi existencia no se explica más que por tu pensamiento. Ahora sé para qué sirve la divina armonía de la música: los ángeles la inventaron para expresar el amor. ¡Tener genio y ser hermoso, Melchor mío, es demasiado! Al nacer, el hombre debía optar por uno de los dos. ¡Pero cuando pienso en los tesoros de ternura y de afecto que me demuestra usted desde hace un mes sobre todo, me pregunto si sueño! ¡No, usted me oculta algún misterio! ¿Qué mujer le cedería á otra sin morir? ¡Ah! ¡los celos han entrado en mi corazón acompañados de un amor en el que no creía! ¿Podía yo imaginar semejante incendio? ¡Qué inconcebible y nueva fantasía! ¡Ahora quisiera que fueses feo! ¡Qué locuras me he forjado al volver á casa! Todas las dalias amarillas me han recordado el bonito chaleco de usted, todas las rosas blancas han sido mis amigas, y las he saludado con una mirada que le pertenecía á usted, como toda yo. El color de los guantes que modelaban las manos del gentilhombre, todo, hasta el ruido de los pasos sobre las losas, se ha representado á mi recuerdo con tanta fidelidad, que, dentro de sesenta

años, veré las cosas más insignificantes de esta fiesta, como el color particular del aire, los rayos del sol que se reflejaban en una pila, oiré el rezo que usted interrumpió, respiraré el incienso del altar y creeré sentir sobre nuestras cabezas las manos del cura que nos ha bendecido á los dos en el momento en que tú pasabas, al dar su última bendición. ¡Sí, el buen padre Marcelino nos ha casado ya! El placer sobrehumano de sentir ese nuevo mundo de emociones inesperadas no puede ser igualado más que por la alegría que experimento al contárselas, al enviar toda mi dicha á aquel que la vierte sobre mi alma con la liberalidad de un sol. Así que, basta de disfraces, adorado mío. ¡Oh! experimento un placer al desmascaramme; pero vuelva usted pronto.

»¿Ha oído usted hablar acaso de la casa Miñón del Havre? Pues bien, por efecto de una irreparable desgracia, yo soy su única heredera. No nos desdeñe usted, ¡descendiente de un guerrero auvernés! que las armas de los Miñón de La Bastie no deshonrarán á las de los Canalis. Llevamos *gules con una banda de sable provista de cuatro besantes, y en cada cuartel, una cruz patriarcal de oro con un sombrero de cardenal por cimera y los fiocchi por soportes*. Amado mío, seré fiel á nuestra divisa: *Una fides, unus Dominus!* La verdadera fe, y un solo amo.

»Acaso encontrará usted, amigo mío, algún sarcasmo en mi nombre, después de todo lo que acabo de hacer y de lo que le confieso aquí. Me llamó Modesta. Así que no le he engañado á usted nunca firmando O. Desta M. Tampoco le he engañado al hablarle de mi fortuna; llegará, según creo, á la cifra que le ha hecho á usted tan virtuoso. Y como sé que para usted la fortuna es una consideración sin importancia, le hablo á usted francamente. No obstante, déjeme decirle lo dichosa que me considero pudiendo dar á nuestra felicidad la libertad de acción y de movimiento que procura la fortuna, y pudiendo decir: «¡Vamos!».



cuando tengamos el capricho de ver un país, de volar en una hermosa calesa, sentados uno al lado de otro, y sin preocupaciones pecuniarias; en fin, dichosa de poder darle á usted el derecho de decir al rey:

»—¡Tengo la fortuna que exige usted para ser par!...

»En esto, Modesta le será buena para algo, y su oro tendrá el más noble destino. Respecto á su servidora, ya la ha visto usted una vez, á la ventana, desenmascarada... Sí, la rubia, hija de Eva la rubia, era su desconocida; pero ¡qué poco se parece la Modesta de hoy á la de aquel día! La una era un cadáver, y la otra (¿se lo he dicho ya?) ha recibido de usted la vida. El amor puro y permitido, el amor que mi padre, llegado por fin de su viaje y rico, autorizará, me ha levantado con su mano infantil y poderosa del fondo de la tumba en que dormía. Usted me ha despertado, como el sol despierta las flores. ¡La mirada de su amada ya no es la mirada de aquella Modestita tan atrevida! ¡ah! no; está confusa, entrevé la dicha y se vela bajo dos castos párpados. Hoy, temo no merecer mi suerte. El rey se ha mostrado en toda su gloria, mi señor no tiene más que una súbdita que le pide perdón de sus grandes libertades, como el jugador á los dados preparados después de haber estafado al caballero de Grammont. Vamos, poeta querido, seré tu Miñón; pero una Miñón más feliz que la de Goethe, pues me dejarás en mi patria, ¿verdad? en tu corazón. En el momento en que hago este voto de desposada, un ruiseñor del parque de Vilquín acaba de responderme por tí. ¡Oh! ¡dime que el ruiseñor, al emitir su nota tan pura, tan clara, tan enérgica, que me ha llenado el corazón de alegría y de amor, como una Anunciación, no ha mentido!...

»Mi padre, que vendrá por Marsella, pasará por París; la casa Mongenod, de la que era corresponsal, sabrá su dirección; vaya usted á verlo, mi adorado Melchor; dígame que me ama, y no trate de decirle cuanto yo le amo á usted ¡haga de modo que eso sea siempre un secreto entre nosotros y Dios! Yo, querido

mío, voy á decírselo todo á mi madre. La hija de los Wallenrod-Tustall-Bartenstild me dará razón con caricias y se considerará feliz al conocer nuestro poema, tan secreto, tan novelesco, humano y divino á la par. Ya cuenta usted con el voto de la hija; procure ahora obtener el consentimiento del conde de La Bastie, padre de su

»MODESTA.»

P. D.—Encarezco á usted sobre todo que no venga al Havre sin haber obtenido el consentimiento de mi padre, al cual sabrá usted encontrar á su paso por París, si es verdad que me ama.

—¿Qué hace usted á estas horas levantada, señorita Modesta?—le preguntó Dumay.

—Estoy escribiendo á mi padre,—respondió la joven al veterano.—¿No me dijo usted que se marchaba mañana?

Dumay no tuvo nada que decir, fué á acostarse, y Modesta se puso á escribir una larga carta á su padre.

Al día siguiente, Francisca Cochet, asustada al ver el sello del Havre, se fué al *Chalet* á entregar á su joven ama la siguiente carta, recibiendo allí el encargo de echar al correo la que Modesta había escrito.

Á LA SEÑORITA O. DESTA M.

«Mi corazón me dijo que aquella mujer tan cuidadosamente tapada y disfrazada que estaba colocada entre los señores Latournelle, que no tienen más que un hijo, era usted. ¡Ah! amada mía, no puede usted imaginarse cuánta sería mi alegría si supiera que es usted de condición humilde, sin brillo, sin ilustración y hasta sin fortuna.

»Usted me conoce ahora, y, por lo tanto, no tiene ya motivo para ocultarme la verdad. No soy poeta más que por el amor, por el corazón y por usted. ¡Ah!



cuánto cariño se necesita para permanecer aquí, en esta fonda de Normandía, y no subir á Ingouville, que veo desde mis ventanas. ¿Me amaré usted como yo la amo? Marcharse del Havre á París en esta incertidumbre, ¿no es recibir un castigo por amar, como el que pudiera recibirse por cometer un crimen? He obedecido ciegamente. ¡Oh! ¡que reciba yo inmediatamente alguna carta! porque si usted ha sido misteriosa, yo, que le he devuelto misterio por misterio, debo por fin quitarme la máscara del incógnito, decirle qué poeta soy, y abdicar la gloria que usted me atribuye.»

Esta carta inquietó vivamente á Modesta, la cual no pudiendo recobrar la suya que Francisca había echado ya al correo, cuando buscó la significación de las últimas líneas leyéndolas y releyéndolas, subió á su habitación y le contestó inmediatamente pidiéndole explicaciones.

Mientras ocurría esto, pasaba otra cosa en el Havre que había de hacer desaparecer la inquietud de Modesta. Dumay había bajado muy temprano á la villa y allí había sabido que la antevíspera no había llegado ningún arquitecto. Furioso al conocer la mentira de Butscha, que revelaba una complicidad de la que era preciso exigirle exacta cuenta, el veterano corrió de la alcaldía á casa de los Latournelle.

—¿Dónde está el señor Butscha?—preguntó á su amigo el notario al ver que no encontraba al pasante en el estudio.

—Butscha, querido mío, se ha embarcado y está ya en París,—le contestó el notario.—Esta mañana encontró en el puerto á un marinero que le dijo que su padre, aquel marinero sueco, es rico, y que está en París de vuelta de las Indias, donde estuvo al servicio de un príncipe.

—¡Cuentos! ¡infamias! ¡farsas! ¿eh? ¡voy á París con el único objeto de encontrar á ese condenado enano!

—exclamó Dumay.—Butscha nos engaña, sabe algo de Modesta, y no nos ha dicho nada. Si él es cómplice en este asunto, no será nunca notario, lo devolveré á su madre y...

—Vamos á ver, amigo mío, no condenemos á nadie sin oírlo antes,—exclamó el notario asustado al ver la desesperación de Dumay.

Después de haberles explicado el origen de sus sospechas, Dumay rogó á la señora Latournelle que hiciese compañía á Modesta en el *Chalet* durante su ausencia.

—Encontrará usted al coronel en París—dijo el notario.—Los periódicos comerciales de esta mañana anuncian su entrada en Marsella... Mire usted—añadió presentándole la hoja,—¿lo ve? «El *Betina Miñón*, capitán Miñón, entrado el 6 de octubre...» y estamos hoy á 17, de modo que en el Havre no se ha sabido hasta hoy la llegada del principal.

Dumay rogó á Gobenheim que no contase con él en lo sucesivo, subió en el acto al *Chalet*, y entró en él en el momento en que Modesta acababa de poner bajo un sobre la carta de Canalis y la de su padre. Aparte de la dirección, estas dos cartas eran exactamente iguales, y Modesta, creyendo haber puesto la de su padre sobre la de Melchor, había hecho lo contrario. Este error, tan común en las cosas de la vida, ocasionó el descubrimiento de su secreto por parte de su madre y de Dumay. El teniente hablaba acaloradamente en el salón con la señora Miñón confiándole los nuevos temores engendrados por la doblez de Modesta y la complicidad de Butscha.

—¡Vaya, señora—exclamaba,—es una serpiente á quien hemos dado vida con el calor de nuestro seno, y de desalmados de esa clase no hay que esperar nada bueno!

Modesta se metió en el bolsillo del delantal la carta para su padre creyendo que metía la de su amante, y bajó con la de Canalis en la mano al oír que Dumay hablaba de su inmediata marcha á París.



—¿Qué tiene usted contra mi pobre enano misterioso y por qué grita usted así?—dijo Modesta apareciendo en el salón.

—Señorita, Butscha se ha marchado á París esta mañana, y usted sabe sin duda por qué... Será para ir á conferenciar con ese supuesto arquitecto de chaleco de azafrán, el cual arquitecto, por desgracia para el embustero jorobado, no ha llegado aún.

Modesta sintió una viva emoción al oír estas palabras; adivinó por ellas que el enano había partido para proceder á indagar las costumbres de Canalis, palideció y se sentó.

—Yo lo buscaré y lo encontraré—dijo Dumay.—¿Es esta la carta para su señor padre?—dijo Dumay tendiendo la mano para tomarla.—La enviaré á casa de Mongenod, ¡con tal que mi coronel y yo nos crucemos en el camino!

Modesta le entregó la carta, y Dumay, que leía sin anteojos, miró maquinalmente la dirección.

—¡Señor barón de Canalis, calle del Paraíso, número 29!—exclamó Dumay.—¿Qué significa esto?

—¡Ah! ¡hija mía, ese es el hombre á quien amas!—exclamó la señora Miñón,—y de él son las estrofas á las que tú has puesto música.

—Y suyo es el retrato que tiene usted en su habitación—exclamó Dumay.

—¡Devuélvame usted esa carta, señor Dumay!—dijo Modesta irguiéndose como una leona que defiende á sus cachorros.

—Aquí la tiene usted, señorita—respondió el teniente.

Modesta se metió la carta de su amante en el seno y tendió á Dumay la destinada á su padre.

—Sé perfectamente lo que es usted capaz de hacer—dijo Modesta,—pero si se dirige usted para nada á Canalis, le prometo que saldré de esta casa para no volver nunca más á ella.

—Señorita, va usted á matar á su padre—respondió

Dumay saliendo de la habitación para llamar á su mujer.

La pobre madre se había desmayado, herida en el corazón por la fatal frase de Modesta.

—¡Adiós, mi querida mujer!—dijo el bretón abrazando á su esposa.—Salva á la madre, que yo voy á salvar á la hija.

Y esto diciendo, dejó á Modesta y á la señora Dumay al lado de la ciega, hizo en pocos instantes sus preparativos de viaje y bajó al Havre. Una hora después viajaba en una silla de posta con esa rapidez que sólo la pasión ó la especulación saben imprimir á las ruedas.

Vuelta en sí al poco rato gracias á los cuidados de Modesta, la señora Miñón subió á su cuarto cogida del brazo de su hija, á la que, por todo reproche, dirigió las siguientes palabras:

—¡Desgraciada! ¿qué has hecho? ¿por qué esconderte de mí? ¿Acaso soy tan severa?

—No, ¡si ya tenía yo intención de decírtelo todo!—respondió la joven llorando.

E hizo un minucioso relato de sus amores á su madre, le leyó las cartas y las respuestas, y deshojó sobre el corazón de la pobre alemana, pétalo por pétalo, la rosa de su poema, empleando en ello la mitad del día. Cuando la confidencia terminó, cuando la hija vió una sonrisa en los labios de la indulgente ciega, se arrojó en sus brazos llorando y diciendo en medio de sus sollozos:

—¡Oh, madre mía! ¡usted cuyo corazón, todo oro y poesía, es como el vaso de elección formado por Dios para contener el amor puro, único y celestial que dura toda la vida! ¡usted á quien quiero imitar no amando en el mundo más que á mi marido, usted debe comprender cuán amargas son las lágrimas que vierto en este momento, y que mojan sus manos! Esta mariposa de matizadas alas, esta doble y hermosa alma educada con maternales cuidados por la hija de



usted, mi amor, mi santo amor, ese misterio animado, viviente, cae en manos vulgares que van á desgarrar sus alas bajo el triste pretexto de instruirme, de saber si el hombre de genio es correcto como un banquero, si mi Melchor es capaz de amontonar rentas, si es hombre que se deja dominar por sus pasiones, y si no es culpable á los ojos del mundo de algún episodio de joven, que es ahora para nuestro amor lo que una nube para el sol. ¿Qué van á hacer? ¡Mira! toca mi mano, tengo fiebre, me mataron.

Modesta, atacada de mortal temblor, se vió obligada á meterse en la cama, é inspiró serios temores á su madre, á la señora Latournelle y á la señora Dumay, las cuales la vigilaron y cuidaron durante el viaje del teniente á París, adonde la lógica de los acontecimientos transportó el drama por un instante.

Los hombres verdaderamente modestos, como lo es Ernesto de La Briere, pero sobre todo aquellos que, conociendo su valor, no son amados ni apreciados, comprenderán los infinitos goces que experimentó el refrendario al leer la carta de Modesta. Después de haberlo juzgado inteligente y grande por el alma, su joven, sencilla y astuta amada lo encontraba hermoso. Esta adulación es la adulación suprema. Y ¿por qué? La belleza es sin duda la firma del maestro en la obra en que ha impreso su alma; es la divinidad que se manifiesta; y verla donde no existe, crearla con el poder de una mirada encontrada, ¿no es el supremo poder del amor? De modo que el pobre refrendario se dijo con un entusiasmo propio de autor aplaudido:

—En fin, soy amado.

Cuando una mujer, honrada ó no, ha dejado escapar la frase: «¡Eres guapo!», aunque sea una mentira, si un hombre deja penetrar en su espeso cráneo el sutil veneno de esta palabra, está unido con lazos eternos á aquella encantadora embustera, á aquella mujer, sincera ó no, que pasa á ser para él su mundo, de cuyas aseveraciones siente sed y de la cual no se

cansará nunca aunque fuese príncipe. Ernesto se paseó orgullosamente por su cuarto, se puso de perfil, de medio perfil y de frente ante el espejo, é intentó sacarse faltas; pero una voz diabólicamente persuasiva le decía: «Modesta tiene razón». El joven volvió á tomar la carta, la leyó de nuevo, vió con la imaginación á su rubia celestial y habló con ella; después, en medio de su éxtasis, se vió turbado por este atroz pensamiento:

—¡Cree que soy Canalis, y es millonaria!

Toda su dicha cayó como cae el hombre que, llegado sonámbulamente á la cima de un tejado, oye una voz, avanza y se estrella contra la acera.

—¡Sin la aureola de la gloria, yo sería feo—exclamó.

—¡En qué espantosa situación me he colocado!

La Briere era tal cual se había dejado ver en sus cartas, y por lo tanto tenía el corazón demasiado noble y puro para titubear ante la voz del honor. Inmediatamente resolvió, pues, ir á confesárselo todo al padre de Modesta si estaba en París, y poner en conocimiento de Canalis el serio desenlace que tenía su broma parisiense. Para este delicado joven, la enormidad de la fortuna fué una razón determinante, pues no quiso sobre todo que nadie creyese que el amor á la dote le había impulsado á mantener aquella correspondencia, tan sincera por su parte. Cuando iba de su casa á la calle de la Chantereine, donde estaba situada la del banquero Mongenod, cuya fortuna, alianzas y relaciones eran en parte del ministro su protector, las lágrimas asomaron á sus ojos.

En el momento en que La Briere consultaba al jefe de la casa Mongenod y tomaba todos los datos que exigía su extraña posición, pasó en casa de Canalis una escena que ha podido ser prevista ya al saber la brusca partida del antiguo teniente.

Como verdadero soldado de la escuela imperial, Dumay, cuya sangre bretona se había encendido durante el viaje, creía que un poeta era un pillo sin



importancia, un truhán que se albergaba en una buhardilla, que iba vestido con negro y grasiento traje, cuya ropa interior era anónima, cuyos dedos conocían mejor la tinta que el jabón, y que tenía, en una palabra, el aire de un verdadero tonto, cuando no garrapateaba á semejanza de Butscha. Pero la ebullición que se operaba en su cerebro recibió como una ducha cuando entró en el precioso palacio habitado por el poeta, cuando vió que un criado limpiaba un coche en el patio, cuando vió en un magnífico comedor á un ayuda de cámara vestido como un banquero y hacia el cual se había dirigido el *groom*. Á las palabras de Dumay, el ayuda de cámara le respondió mirándole de arriba abajo que el señor barón no estaba visible.

—El señor barón—añadió el criado—tiene hoy sesión en el consejo de Estado.

—Pero ¿es esta la casa del señor Canalis, autor de poesías?—preguntó Dumay en tono de duda.

—El señor barón de Canalis—respondió el ayuda de cámara—es, en efecto, el gran poeta de que usted habla; pero es también relator del consejo de Estado y agregado al ministerio de Negocios extranjeros.

Dumay, que iba dispuesto á asustar á un quídam, según decía él con desprecio, se encontró con un elevado funcionario del Estado. El salón en que esperó, notable por su magnificencia, ofreció á sus meditaciones la vista de las condecoraciones que brillaban en la levita de Canalis, dejada sobre una silla por el ayuda de cámara. No tardó mucho tampoco en atraer sus miradas el brillo y la hermosura de una copa sobredorada, en la que se leían las palabras: *Regalo de la SEÑORA*. Después, examinando un pedestal, vió sobre él un jarrón de porcelana de Sevres en el que se veían grabadas estas palabras: *Regalo de la señora DELFINA*. Estas observaciones pararon los pies á Dumay, mientras el ayuda de cámara preguntaba á su amo si quería recibir á un desconocido llamado Dumay, que

había venido expresamente del Havre para verle.

—¿Qué tipo es?—dijo Canalis.

—Un hombre bien portado y que lleva en el ojal una condecoración.

Á una señal de asentimiento del poeta, el ayuda de cámara salió y volvió para anunciar al señor Dumay. Cuando éste se oyó anunciar, cuando se vió delante de Canalis, dentro de un despacho tan rico como elegante, con los pies sobre una alfombra tan hermosa como la más hermosa de la casa Miñón, y cuando recibió la interrogadora mirada del poeta, que jugaba con las bellotas de su suntuosa bata, Dumay quedó cortado de tal modo, que se dejó interrogar por el gran hombre.

—Caballero, ¿á qué debo el honor de su visita?

—Caballero...—dijo Dumay que permanecía de pie.

—Si tiene usted para mucho tiempo—dijo Canalis interrumpiéndole,—le ruego que tome asiento.

Y el poeta se arrellanó en un sofá á lo Voltaire, se cruzó de piernas, elevó la de encima á la altura del ojo moviéndola nerviosamente, y miró fijamente á Dumay, el cual, según una expresión soldadesca, se encontró completamente *mecanizado*.

—Le escucho á usted, caballero—dijo Canalis;—el ministro me espera, y, por lo tanto, los momentos con que cuento son escasos.

—Seré breve, señor—repuso Dumay.—Usted ha seducido, no sé cómo, á una joven del Havre, hermosa y rica, última y única esperanza de dos familias nobles, y vengo á preguntar á usted cuáles son sus intenciones.

Canalis, que hacía tres meses que se ocupaba de asuntos graves, que quería ser nombrado comendador de la Legión de Honor y que aspiraba á ser ministro plenipotenciario de alguna corte de Alemania, había olvidado por completo la carta del Havre.

—¡Yo!—exclamó.

—¡Usted!—repitió Dumay.



—Caballero—respondió Canalis sonriendo,—le entiendo á usted lo mismo que si me hablara en hebreo. Yo seducir á una joven... yo que... (y esto diciendo se dibujó una franca sonrisa en los labios de Canalis). Vamos, caballero, no soy tan inocente que vaya á divertirme en robar un fruto silvestre, teniendo hermosos y buenos vergeles donde maduran las flores más preciosas del mundo. Todo París sabe cual es la mujer que posee mi cariño. Que haya en el Havre una joven que sienta admiración por mí á causa de mis versos, y de la cual no soy digno, es cosa, señor mío, que no me asombraría. Nada es más ordinario. Mire usted, ¿ve ese cofre de ébano con incrustaciones de nácar y de hierro trabajado como si fuera encaje? pues bien: ese cofre proviene del papa León X, y me lo regaló la duquesa de Chaulieu, á la cual le había sido regalado á su vez por el rey de España, y yo lo destino á contener todas las cartas que recibo de todas partes de Europa, de mujeres ó de jóvenes desconocidas... ¡Oh! siento el mayor respeto por esos arranques salidos del alma misma y enviados en un momento de exaltación verdaderamente respetable. Sí, para mí, el impulso del corazón es una cosa noble y sublime. Otros, burlones, arrollan esas cartas para encender con ellas los cigarros, ó se las dan á sus mujeres para que hagan papillotas; pero yo que soy soltero, tengo demasiada delicadeza para no conservar esas ofrendas tan sencillas y tan delicadas en una especie de tabernáculo. En una palabra, las recojo con cierta admiración, y á mi muerte haré que las quemem en mi presencia. Si alguno me juzga ridículo, peor para él. ¡Qué quiere usted! yo soy agradecido, y estos testimonios me ayudan á soportar las críticas y las desazones de la vida literaria. Cuando recibo en la espalda el arcabuzazo de un enemigo emboscado en algún periódico, contemplo esta cajita y me digo: «Esparcidas aquí y allí existen almas cuyas heridas han sido curadas ó aliviadas por mí».

Este relato, hecho con el talento de un gran actor, petrificó al cajero, cuyos ojos se abrieron de asombro y cuya admiración divirtió al gran poeta.

—Por usted y teniendo en cuenta su posición, que no dejo de lamentar, le permito que abra ese tesoro, y que vea si hay en él alguna carta de la joven á que se refiere—dijo aquel pavo real que procuraba ostentar su cola.—Pero yo las llevo todas en cuenta, retengo los nombres, y me parece que está usted en un error.

—¿De modo que este es el caso que se hace, en este abismo de París, de una pobre joven que es el amor único de sus padres, la alegría de sus amigos, la esperanza de todos, el orgullo de la casa, y que ha sido acariciada por seis personas adictas, las que han procurado formarle con sus corazones y con sus fortunas una muralla contra toda desgracia?—exclamó Dumay. —Mire usted, caballero—continuó después de hacer una gran pausa,—usted es un gran poeta y yo un pobre soldado. Durante quince años serví á mi país en las últimas filas, sentí en mi cara más de una vez el viento de una bala de cañón, atravesé Siberia, donde fuí hecho prisionero, los rusos me arrojaron á un chirrión como si fuera basura, en una palabra, he visto morir multitud de compañeros, lo sufrí todo. Pues bien, usted me acaba de hacer sentir frío en los huesos, cosa que no me había sucedido nunca.

Dumay creyó que había conmovido al poeta, y había procurado adularle, cosa casi imposible, pues el ambicioso no se acordaba ya de la primera ampolla de perfume que el elogio había vertido sobre su cabeza.

—¡Qué quiere usted, veterano!—dijo solemnemente el poeta colocando la mano sobre el hombro de Dumay y extrañándose de hacer temblar á un soldado del Emperador.—Esa joven lo es todo para usted; pero ¿qué es para la sociedad? nada. En este momento, el mandarín más útil de la China acaba de morir, lle-



nando de luto al Imperio. Pero ¿le ha causado á usted eso algún pesar? Los ingleses matan en la India millares de individuos que valen tanto como nosotros, y se quema allí, en este momento en que le hablo, á la mujer más encantadora. Pero ¿ha dejado usted por eso de desayunarse? En este instante mismo se pueden contar en París muchas madres de familia que duermen sobre la paja y que echan al mundo sus hijos sin ropa para recibirlos... Y sin embargo, he aquí un té delicioso en una taza de cinco luises, y heme á mí que escribo versos para hacer decir á los parisienses: ¡Encantador! ¡divino! ¡esto llega al alma! La naturaleza social, lo mismo que la naturaleza humana, es sumamente olvidadiza. Dentro de diez años se asombrará usted del paso que acaba de dar. Está usted en una ciudad donde la gente se muere, se casa ó se idolatra en una sola cita, donde la joven se asfixia, donde el hombre de genio no tiene salida alguna. Viene usted á pedirnos que nos desmayemos de dolor ante esta pregunta vulgar: «¿Está ó no una joven del Havre en relaciones?» ¡Oh! ¡qué inocente es usted!

—¿Y usted se dice poeta y no siente nada de lo que escribe?—exclamó Dumay.

—Si nosotros sufriéramos las miserias ó los goces que cantamos, envejeceríamos en pocos meses—dijo el poeta sonriendo.—Mire usted, soldado, no quiero que haya usted venido del Havre á París y á casa de Canalis para no llevarse nada. (Y Canalis se irguió y se puso en una actitud de un héroe de Homero). No olvide este pensamiento del poeta: «Todo gran sentimiento es en el hombre un poema tan sumamente individual, que ni el mejor amigo se interesa por él. Es un tesoro que sólo pertenece al sujeto que siente, es...»

—Dispense usted que le interrumpa—dijo Dumay que contemplaba á Canalis con horror.—¿Ha estado usted en el Havre?

—De paso para Londres, estuve allí un día y una noche en la primavera de 1824.

—¿Es usted hombre de honor y puede darme su palabra de que no conoce á la señorita Miñón?

—Esta es la primera vez que oigo su nombre—dijo Canalis.

—¡Oh! caballero—exclamó Dumay,—¡en qué intriga más tenebrosa voy á tener que mediar!... ¿Puedo contar con usted para ser auxiliado en mis investigaciones? Estoy seguro que han abusado de su nombre, y de que usted debía haber recibido ayer una carta del Havre.

—No he recibido nada, caballero—dijo Canalis.—Pero cuente usted con que haré cuanto esté en mi mano para serle útil.

Dumay se retiró con el corazón lleno de ansiedad y creyendo que el espantoso Butscha había tomado la forma de aquel gran poeta para seducir á Modesta; cuando al contrario, Butscha, inteligente y astuto como un príncipe que se venga, y más hábil que un espía, indagaba la vida y las acciones de Canalis, pasando desapercibido para todos los ojos á causa de su pequeñez, como el insecto que camina por la rama de un árbol.

Apenas había salido el bretón, cuando La Briere entró en el despacho de su amigo. Como es natural, Canalis le habló de la visita de aquel hombre del Havre.

—¡Ah!—dijo Ernesto—Modesta Miñón, vengo expresamente á causa de esta aventura.

—¡Diablo!—exclamó Canalis—¿habré triunfado acaso mediante procurador?..

—Sí, amigo mío, he aquí el nudo del drama. Soy amado de la joven más encantadora del mundo, hermosa hasta el punto de que brillaría entre las más hermosas de París. Me ha visto, le agrado y me cree el gran Canalis... Pero no es esto todo. Modesta Miñón es noble, y Mongenod acaba de decirme que el padre,



el conde de La Bastie, debe tener próximamente unos seis millones. Este padre llegó hace tres días, y acabo de pedirle una cita para las dos por conducto de Mongenod, el cual en su esquelita le dice que se trata de la felicidad de su hija. Ya comprenderás que antes de ir á ver al padre tenía que contártelo todo.

—¿De modo que entre el número de esas flores que brotan al calor de la gloria, existe una magnífica que da, como el naranjo, sus frutos en medio de los mil perfumes del talento y la belleza reunidos! ¡Un elegante arbusto, una ternura verdadera, una dicha completa, y se me escapa!—dijo tranquilamente Canalis fijando sus miradas en la alfombra para que Ernesto no pudiese leer en sus ojos.—¿Cómo adivinar—prosiguió después de una pausa durante la cual recobró su sangre fría,—á través de los perfumes embriagadores de esas preciosas cartas, de esas frases que extasían, el corazón verdadero, y ver á la joven cuyo amor se disfraza con la adulación para llegar hasta nosotros y traernos la felicidad?... ¡Oh! amigo mío, la gloria hace de nosotros un blanco que es punto de mira de mil flechas. Uno de nosotros debió su gran matrimonio á una pieza hidráulica de su poesía, y yo, más cariñoso, más hombre para mujeres que él, habré errado el mío... Porque tú amas á esa joven ¿verdad?—dijo Canalis mirando á La Briere.

—¡Oh! ¡con toda mi alma!—exclamó Ernesto.

—Pues bien—dijo el poeta tomando el brazo de su amigo y apoyándose en él,—sé feliz, Ernesto; una casualidad contribuirá á que no me haya mostrado ingrato contigo. Hete ya espléndidamente recompensado por tu adhesión, pues yo me prestaré generosamente á tu felicidad.

Canalis estaba rabioso; pero no podía conducirse de otro modo, y procuraba construirse un pedestal con su desgracia. Una lágrima asomó á los ojos del re-frendario, el cual se arrojó en los brazos de Canalis y lo besó.

—¡Ah! ¡Canalis, aun no te conocía del todo!...

—¿Qué quieres, amigo! ¡para dar la vuelta al mundo se necesita tiempo!—respondió el enfático con ironía.

—¿Piensas en la inmensa fortuna que...?—dijo la Briere.

—Vaya, amigo mío, bien empleada estará—contestó Canalis acompañando este halago de un gesto encantador.

—Melchor—dijo La Briere,—seremos amigos hasta la muerte.

Y estrechando las manos al poeta, lo dejó brusca-mente, pues ya ansiaba ver al señor Miñón.

En este momento, el conde de La Bastie estaba abrumado por los dolores que le esperaban: había sabido, por la carta de su hija, la muerte de Betina Carolina y la ceguera de su mujer, y Dumay acababa de contarle el terrible embrollo de los amores de Modesta.

—Déjame solo—dijo el coronel á su amigo.

Cuando el teniente cerró la puerta, el desgraciado padre se arrojó sobre un diván, se cubrió la cara con las manos, derramando esas lagrimitas que ruedan entre los párpados de las personas de cincuenta y seis años, sin salir de ellos, que los mojan, que se secan en seguida y que renacen, constituyendo, por decirlo así, uno de los últimos rocíos del otoño humano.

—¡Tener hijos queridos, tener una mujer adorada, equivale á crearse varios corazones y á ofrecerlos á ser atravesados por el puñal!—exclamó dando un salto de tigre y paseándose por la habitación.—Ser padre equivale á entregarse á la desgracia atado de pies y manos. Si encuentro á ese Stourny lo mataré. ¡Qué desgracia es tener hijas! La una fija sus ojos en un estafador, y la otra, mi Modesta ¿en quién? en un cobarde que la engaña tomando el nombre de un poeta. Si fuese Canalis siquiera, menos mal. Pero ¡á ese falsario lo estrangularé con mis manos!...—se decía haciendo involuntariamente un gesto de atroz



energía.—¿Y si mi hija se muere de pesar después?—se preguntó.

Miró maquinalmente por la ventana de la fonda de los Príncipes y fué á sentarse de nuevo en el diván, donde permaneció inmóvil. Las fatigas de sus viajes á las Indias, las preocupaciones de la especulación, los peligros corridos y evitados, y las desazones, habían plateado la cabellera de Carlos Miñón. Su hermoso rostro militar, de líneas tan puras, había sido bronceado por el sol de la Malasia, de la China y del Asia Menor, y había tomado un carácter imponente que el dolor convertía en sublime en este momento.

—Mongenod me dice que tenga confianza en el joven que va á venir á hablarme de mi hija.

En este instante, Ernesto fué anunciado por uno de los criados que el conde de La Bastie se había proporcionado durante aquellos cuatro años, escogiéndolos entre el número de sus subordinados.

—Caballero, ¿viene usted de parte de mi amigo Mongenod?—dijo el señor Miñón.

—Sí, señor—respondió Ernesto contemplando tímidamente aquel rostro tan sombrío como el de Otelo. —Me llamo Ernesto de La Briere, estoy emparentado con la familia del último primer ministro, y he sido su secretario particular mientras ejerció este cargo. Á su caída, Su Excelencia me colocó en el tribunal de cuentas, donde soy refrendario de primera clase y donde espero llegar á ser pronto jefe de negociado.

—Y ¿qué relación puede tener todo eso con la señorita de La Bastie?—preguntó Carlos Miñón.

—Caballero, la amo, y gozo de la inesperada dicha de ser amado por ella. Escuche usted, señor—dijo Ernesto procurando calmar al irritado padre;—tengo que hacerle á usted la confesión más extravagante y más vergonzosa para un hombre de honor. El espantoso castigo de mi conducta, natural acaso, no está en el hecho de tener que revelársela á usted... Temo aun más á la hija que al padre.

Ernesto contó sencillamente, y con la nobleza que da la sinceridad, el prólogo de aquel pequeño drama doméstico, sin omitir las veintitantas cartas cambiadas, y que había llevado consigo, ni la entrevista que acababa de tener con Canalis. Cuando el padre hubo dado fin á la lectura de aquellas cartas, el pobre Ernesto, pálido y suplicante, tembló ante las terribles miradas que le dirigió el provenzal.

—Caballero—dijo Carlos,—en todo esto sólo hay un error, pero que es capital. Mi hija no tiene seis millones, y sólo cuenta con doscientos mil francos de dote, y esperanzas muy dudosas de tener algo más.

—¡Ah! señor—dijo Ernesto levantándose, arrojándose sobre Carlos Miñón y estrechándole sobre sus brazos,—¡me quita usted un peso atroz! Ahora espero que acaso no se oponga nada á mi dicha. Tengo protectores y seré jefe de negociado. Aunque Modesta no tuviese más que diez mil francos, aun cuando yo debiese reconocerle una dote, sería mi mujer; y hacerla feliz como usted ha hecho á la suya, ser para usted un verdadero hijo, toda vez que no tengo padre, constituyen todas mis aspiraciones.

Carlos Miñón reuló tres pasos, fijó en La Briere una mirada que penetró en los ojos del joven como un puñal en su vaina, y permaneció silencioso al ver reflejada la más completa candidez y la verdad más pura en aquella fisonomía franca y en aquellos ojos encantados.

—¿Se habrá cansado ya la suerte de perseguirme?—se dijo Carlos á media voz.—¿Habré encontrado acaso en este joven la perla de los yernos?

Y se paseaba agitado por la habitación.

—Caballero—dijo por fin Carlos Miñón,—usted debe la más completa sumisión á la sentencia que ha venido á pedir, pues de no hacerlo así, me probaría que no obra usted con sinceridad en este instante.

—¡Ah! señor...

—Escuche usted—dijo el padre hipnotizando á La